años. Cualquiera que sea el juicio que se forme de esta naturaleza enérgica y viciosa, parece la pena muy dura comparada con el delito. ¡Este semi-salvaje, ignorante de la ley, arrastrado por su audacia brutal á robar una vaca que considera como suya, y á forjar un certificado de este valor, es condenado por toda su vida y marcado con una pena infamante! ¡Basta algunas veces una de estas sentencias demasiado severas para decidir de toda la existencia de un hombre!

Fieschi cumplió su condena en Embrun. Allí aprendió á fabricar paños y mostró inteligencia en estos trabajos mecánicos. Al fin de su detencion hizo relaciones con un sentenciado, llamado Lorenzo Petit, al que se aficionó violentamente. Su inteligencia era estraordinariamente violentada por los reglamentos del establecimiento penal; asi es, que se refiere como prueba de su audacia y de la vivacidad de sus pasiones, que en la víspera misma de su libertacion, consiguió ocultarse en un corredor del departamento de las mujeres para ver á su querida al pasar, pero sorprendido por el vigilante de servicio, pasó aquella noche en el calabozo.

Habiendo salido de Embrun, se le fijó á Lyon por residencia: pero no tardó en romper su destierro: en diciembre de 1826 llegó á Lodeve, donde trabajó hasta el mes de marzo de 1827, con el nombre de Girard, en una fábrica de paños. De aquí entró en una fábrica real de paños de Villelouvette, donde estuvo muchos meses portándose bien y afectando una gran piedad. Despues, se fué á Viena, á Marsella y recorrió el Mediodia. En esto llegó la revolucion de julio, dejó su devocion que no era ya de moda y se acordó de que habia sido soldado del Imperio, atreviéndose á presentarse al comandante de la villa de Lyon como un sentenciado político, para lo que presentó certificados y documentos que él mismo habia forjado.

Llegado á París, obtuvo socorros; se hizo conocer de M. Ladvocat, entonces miembro de la comision de recompensas nacionales; de M. Didier, secretario general del ministerio del interior; y de M. Gustavo de Damas antiguo comandante suyo bajo el Imperio. Consiguió por fin entrar, como mozo de oficina y portero en el periódico *La Revolucion* de 1830, que dirigia M. Lennox, afectando al mismo tiempo opiniones bonapartistas exageradas. Fieschi proponia sus servicios al prefecto de policía M. Bande que los aceptaba.

Entre tanto Fieschi habia encontrado en París á su antigua querida de Embrun, Lorenza Petit, y se habia reanimado su antigua pasion. Lorenza Petit tenia consigo á su hija Nina Lassave, jóven bastante agraciada de edad de quince años. Como Fieschi habia conseguido entrar en la compañía de suboficiales sedentarios, se hizo un poco precaria su existencia y la de las dos mujeres. Pero la profunda inmoralidad de Fieschi hizo de aquella casa irregular un verdadero infierno. Los vecinos oian con frecuencia gritos, lloros, pistoletazos disparados sin duda para asustar á aquellas mujeres. «No se sabe lo que es este hombre; es un monstruo,» decia Lorenza Petit, y acusaba á Fieschi de haber hecho violencia á su hija. En cuanto á Lorenza Petit que tenia entonces mesa redonda para los estudiantes rompió con su amante, habiéndose probado las relaciones de Fieschi con Nina Lassave.

Esta conducta desarreglada arrojo á Fieschi en una profunda miseria. Numerosos abusos de confianza habian llamado la atencion sobre él en el molino de Croulebarbe, y á fines de octubre de 1834, época de su ruptura con Lorenza Petit, supo Fieschi que le buscaba la policía, que al fin habia sospechado que el condenado político podia ser un recluso que hubiere cumplido su condena. El 24 de octubre se habia dado contra él un auto de prision.

Privado Fieschi á un mismo tiempo de su empleo, de su querida y de la especie de posicion que se habia creado con sus falsedades, se dejó dominar de la desesperacion. Entonces, fue, sin duda, cuando este hombre, sin ideas, sin pasiones políticas, bonapartista para los unos, republicano fanático para los otros, espía en caso necesario, halló hombres que le propusieron un crímen. Vió sin duda, en esto, *un negocio*, y un medio de subsistir, y tal vez, tambien, se vió arrastrado por ese sentimiento de ciega venganza, y de ódio sordo contra la sociedad que se apodera de un hombre reducido al último estremo por su propia culpa.

Tal era el hombre que descubria el sumario poco á poco: pero este hombre tenia evidentemente cómplices, y era preciso contemplarle. Estudióse su carácter, y se advirtió que se ostentaba sobre todos sus vicios, una vanidad inaudita y ridícula. Tenia, sin duda, valor este monstruo, como lo denotaba el hecho siguiente: cuando cayó herido por los cascos de su máquina, en la mano, en el cuello, en el hombro y en la cabeza, y en esta tan horriblemente, que se le habian llevado como dos pulgadas de la arcada de las cejas, dejando descubierta la duramáter, tuvo bastante energía para levantarse, agarrarse á la cuerda, bajar con el auxilio de una mano solamente, dirigir la cuerda hácia la izquierda y descender chorreando sangre á la casa vecina. Durante su curacion, larga y penosa, sufrió operaciones dolorosas con valor y firmeza.

Pero esta audacia, esta sangre fría, no igualaban á sus impudentes fanfarronadas: gustaba ostentarse como un hombre escepcional, como un héroe. Esta vanidad teatral fue lisonjeada mas de lo que permitia la dignidad de la justicia. Consideráronse como leyes todas sus fantasías y se le trató de modo que aumentó aun la grande idea que habia concebido de sí mismo. Lo que era sistema para el sumario, fue asunto de moda para los curiosos. Se disputaban el honor de ver al *señor Fieschi*, de hablar al *señor Fieschi*, de tener un autógrafo del *señor Fieschi*. Mas de un elevado personage le llamó *mi querido*.

El asesino aceptaba admirablemente estas familiaridades; respondia á ellas y se chanceaba: al uno le escribia: «Me hallareis en casa todo el dia;» y decia al otro: « Siempre tendré un nuevo placer en recibiros en mi casa.»

Otro rasgo del carácter de Fieschi era el modo

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación